

**La tradición de *El Pueblo*. La circulación de lo gauchesco desde la
prensa católica (1939-1945)**

**The tradition of *El Pueblo*. The circulation of the gauchesque from the
catholic press (1939-1945)**

Matías Emiliano Casas*

matiasemiliano@hotmail.com

Resumen

Este trabajo se propone analizar la reproducción de lo gauchesco en las páginas del diario católico *El Pueblo*, en la coyuntura de las primeras Fiestas de la Tradición. La relación entre lo tradicional y la religión católica se había expresado con intensidad a partir de la gobernación conservadora de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires. Las aproximaciones entre el gaucho y el catolicismo circularon, entonces, como una construcción ligada a cristalizar el carácter religioso del arquetipo de la tradición nacional. Esta investigación pretende desvelar cómo fue leída la oficialización del “gaucho” desde esa publicación católica masiva. Las editoriales de *El Pueblo* se complementaron con otras secciones que contribuyeron al denodado propósito de confirmar un “gaucho católico”.

Palabras clave: *El Pueblo*, gaucho, identidad nacional, Día de la Tradición, catolicismo.

* Profesor, Magíster, y Doctorando en Historia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y por la Université Paris Diderot – Paris 7. Es docente en la Universidad de Tres de Febrero y becario del CONICET.

MATÍAS EMILIANO CASAS

Abstract

This paper analyzes the reproduction of the gauchesque in the pages of the catholic daily *El Pueblo*, at the juncture of the first “Fiestas de la Tradición”. The relationship between tradition and the catholic religion had expressed - with intensity- since the conservative government of Manuel Fresco in Buenos Aires. Approaches between the gaucho and catholicism circulated as a construction linked to crystallize the religious character of the national archetype. *El Pueblo* publications were supplemented by other sections that contributed to the valiant purpose of confirming a "catholic gaucho". The purpose of this research is to study these interventions..

Key words: *El Pueblo*, gaucho, national identity, Día de la Tradición, catholicism

I. Introducción: Entre la Iglesia nacionalista y el gaucho símbolo de la nacionalidad

Durante la década del treinta la Iglesia Católica se encontraba signada por el desarrollo de un “catolicismo integral” que no sólo promulgaba la participación católica en el Estado sino que se pretendía instituir como pilar de la “argentinidad”.¹ El integrismo católico había surgido como respuesta a los procesos de secularización decimonónicos y en clave de reacción al liberalismo y a las transformaciones de la modernidad.² Su propuesta se centraba en cristianizar todos los ámbitos de la vida social y su irrupción política coincidió –no de modo azaroso- con la interrupción de la democracia en el golpe de Estado de 1930. A partir de esa intervención, la Iglesia comenzaría un proceso ascendente en el ámbito de las decisiones políticas y su presencia estaría ligada a la colaboración de las Fuerzas Armadas, con las cuáles estrechará vínculos y altos niveles de reciprocidad.

Loris Zanatta identificó el nacimiento del mito de la “nación católica” a comienzos de los años treinta.³ En efecto, el discurso que promulgaba la adhesión, indefectible, entre catolicismo y “nación” se tornó hegemónico en la Iglesia durante ese período. El avance del catolicismo no se producía sólo hacia las esferas del Estado sino hacia la sociedad en su totalidad. Ese “renacimiento católico” se evidenció, además de en la presencia política, a partir de las grandes concentraciones de masas y del brazo ejecutor que se fundó en 1931, la Acción Católica Argentina (ACA).⁴

La historia de la ACA en la Argentina tuvo su primer acto a partir de la intervención del nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi, quien explicitó la necesidad de prolongar en el país una iniciativa que emanaba desde el Vaticano. En el contexto internacional, la creación de la Acción Católica había respondido a dos objetivos primarios: reestructurar la organización de los laicos y fortalecer la autoridad de la Iglesia ante las disputas que –particularmente en Francia y en Italia- se dirimían sobre la subordinación de lo religioso ante la esfera política. El catolicismo integral argentino se aglutinó en torno de la ACA que se constituyó como semillero de cuadros políticos y dirigentes sociales. La

¹ Sobre catolicismo integral, ver, Arturo Mallimaci, *El catolicismo integral en la Argentina, 1930- 1946*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1988.

² Miranda Lida, “Por una historia política y social del catolicismo en la Argentina del siglo XX, en *PolHis*, N° 8, 2011, p. 124.

³ Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

⁴ Un estudio del desarrollo de la ACA en el país en, Jessica Blanco, *Modernidad conservadora y cultura política. La Acción Católica Argentina (1931-1941)*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2008.

MATÍAS EMILIANO CASAS

innovación fundamental de esa asociación era la verticalidad en su estructura en tanto dependía de los obispos. De ese modo, se contrarrestaba la autonomía de los laicos y se dirigía una estrategia de expansión de la Iglesia hacia todos los sectores de la sociedad. En el campo político, por intermedio de la ACA, las jerarquías católicas pretendieron disputar los electores de izquierda interviniendo a partir de organizaciones sociales, educativas, de prensa, etc. El propósito central radicaba en evitar “el desborde de las masas” y responder ante el cúmulo de temores que experimentaban en la coyuntura de su creación. Así, la ACA presentaba una perspectiva instrumentalista de la religión que funcionaría como “antídoto” ante las ideologías democrático-liberales y socialistas.⁵

La perspectiva rupturista para pensar la década del treinta está siendo revisada por la historiografía de la Iglesia. Detenerse en los avances de los estudios del catolicismo argentino atentaría contra la economía de este artículo.⁶ Se pretende aquí, interpretar las concepciones trazadas desde esos sectores sobre la identidad nacional a través de sus discursos sobre la tradición y la figura del gaucho. En particular desde las crónicas y editoriales del diario *El Pueblo*.

En pos de identificar los niveles de circulación del discurso integrista católico resultan pertinentes las perspectivas incorporadas por Miranda Lida: “Si la Iglesia Católica pasó a hablar un lenguaje tan virulento, fue porque se topó con una sociedad que de algún modo se tornó receptiva a ese tipo de retórica.”⁷ La autora se focaliza en la recepción de esos discursos para refutar las interpretaciones que identifican la difusión de la “nación católica” a meras voluntades de las jerarquías eclesiásticas. En esos canales de circulación la revista *Criterio* cumplió un rol fundamental. Los jóvenes nacionalistas católicos se expresaban en esas páginas que, desde 1932, eran dirigidas por el monseñor Gustavo Franceschi. La postura que tenía ese sacerdote italiano en relación a la “re Cristianización de la sociedad” se basaba en la construcción de una “hegemonía católica” a partir de la creación de sindicatos, establecimientos educativos y demás

⁵ Sobre el contexto internacional e interno en los años de creación de la ACA y su posterior organización, ver, José María Ghio, *La Iglesia Católica en la política argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007, p. 99.

⁶ Sobre la historiografía del catolicismo argentino, ver, entre otros, Valentina Ayrolo, María Elena Barral y Roberto Di Stefano (coords.), *Catolicismo y secularización. Argentina, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Biblos, 2012; Diego Mauro, *De los templos a las calles: catolicismo, sociedad y política: Santa Fe, 1900-1937*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2010; Miranda Lida, *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012.

⁷ Miranda Lida, “Por una historia...” op. cit., p. 125.

La tradición de *El Pueblo*...

instituciones que pudieran intervenir en los sectores populares para contrarrestar la falta de arraigo del catolicismo.⁸ Desde la publicación se podían reconocer efímeras consideraciones hacia el imaginario gauchesco que surgían a partir de las críticas teatrales de esos años. Un ejemplo de los cuestionamientos se presentó en ocasión del estreno de la obra *La china Dominga*, a la cual se clasificó como una más de ese “aluvión de piezas gauchescas, cuyo lenguaje e indumentaria parecía tomado de las últimas fiestas carnavalescas.”⁹ Se objetaba, desde esas páginas, la falta de rigurosidad histórica de los dramaturgos de la época.¹⁰

Los medios masivos de comunicación impulsaron la expansión del catolicismo durante el período. En su estudio *Los orígenes del catolicismo de masas en la Argentina*, Miranda Lida afirma: “La prensa y la radio contribuyeron a potenciar la imagen del catolicismo típico de los años treinta y permitió que éste adquiriera la sensación de encontrarse en el centro de la vida nacional.”¹¹ Para argumentar esa definición resaltó, entre otras cosas, la modernización que había experimentado el diario católico *El Pueblo* y las emisiones radiales denominadas “El Evangelio sobre los tejados” en las cuáles monseñor de Miguel de Andrea transmitía las misas en directo.¹² Así, en la línea propuesta por la historiadora, se componía uno de los tres elementos que determinaron las transformaciones de la Iglesia Católica a comienzos de la década. Los otros dos componentes fueron la reseñada intervención de la ACA para la organización del laicado y las movilizaciones católicas masivas.

Diego Mauro considera que ese período estuvo signado por el advenimiento de un “catolicismo popular” que se mostraba dispuesto —como nunca antes— a “hablar un lenguaje de masas”.¹³ La década del treinta se caracterizó por la ocupación católica del

⁸ Ver, Martín Obregón, “Catolicismo integral, identidad nacional y masas populares: una aproximación a la trayectoria intelectual de Julio Meinvielle y Gustavo Franceschi (1930-1950)”, en *Actas de VIII Jornadas de investigación en Filosofía*, La Plata, 2011; José María Ghio, *La Iglesia...*, op. cit. Sobre la revista *Criterio*, ver, entre otros, Omar Acha, “Organicemos la contrarrevolución: discursos católicos sobre la familia, la reproducción y los géneros a través de *Criterio* (1928-1943)” en Omar Acha y Paula Halperín (comps.), *Cuerpos, géneros, identidades. Estudios de historia de género en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000, pp. 135-194; María Ester Rapalo, “La Iglesia católica argentino y el autoritarismo político: la revista *Criterio* 1928-1931” en *Anuario IEHS*, n° 5, 1990, pp. 51-70.

⁹ La obra salió publicada en *Escena, Revista Teatral*, N° 730, 1932.

¹⁰ *Revista Criterio*, mayo de 1932, p. 138.

¹¹ Miranda Lida, “Los orígenes del catolicismo de masas en Argentina”, en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, vol. 46, pp. 358-359., pp. 358-359.

¹² Sobre Miguel de Andrea, ver, Miranda Lida, *Monseñor Miguel de Andrea (1887-1960), obispo y hombre de mundo*, Buenos Aires, Edhasa, 2013.

¹³ Diego Mauro, “Imágenes especulares. Educación, laicidad y catolicismo en Santa Fe, 1900-1940”, en *Prohistoria*, N° 12, Rosario, primavera 2008, pp. 103-106.

MATÍAS EMILIANO CASAS

espacio público y estuvo marcada por los múltiples congresos eucarísticos que, al calor de la celebración internacional, se sucedieron en diferentes ciudades. Como bien señala Mauro, esas movilizaciones masivas “no eran nuevas sino, más bien, el resultado de por lo menos dos décadas de avances y retrocesos.”¹⁴

En un proceso paralelo al trayecto expansivo del catolicismo de masas, la figura del gaucho y la evocación de la tradición rural iban transitando su propio camino de “reivindicación”. Si bien el imaginario gauchesco incrementaba su visibilidad a partir de poemas, relatos, publicidades, manifestaciones artísticas y demás canales de circulación, en la segunda mitad de la década del treinta se desarrollaron una serie de intervenciones políticas que permiten reconocer la “oficialización” del gaucho como símbolo nacional.¹⁵ La reciprocidad entre la narrativa criollista y la identidad nacional se puso de relieve con intensidad en la gobernación de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires. El político conservador gobernó entre 1936 y 1940. Su lema “Dios, Patria y Hogar” condensaba los contenidos religiosos y nacionalistas que pretendió promover durante todo su mandato. El afán “patriótico” del gobernador encontró en las políticas del gaucho un recurso apetecible para la cristalización de la identidad en ciernes.

Uno de los vínculos más significativos que expresaba la suerte de tríada entre nacionalismo, catolicismo y criollismo, fue el consolidado entre el gobernador y el obispo Anunciado Serafini. El prelado, cuando fue designado a la diócesis de Mercedes, intensificó su retórica gauchesca para convocar a las masas rurales que visitaba en sus continuos viajes, tanto por los municipios de la provincia como por el interior del país. El sacerdote José Guido Pesce, permanente colaborador de Serafini, remarcó tres elementos presentes como denominadores comunes en cada uno de sus viajes y celebraciones: la simplicidad de sus palabras, la evocación de la Virgen de Luján, y las reafirmaciones patrióticas.¹⁶

En un discurso, luego de la misa de campaña realizada en la Honorable Legislatura de La Plata con motivo de los festejos del 9 de julio de 1936, Serafini exaltaba la obra del Gobierno de la provincia que “buscaba en las fuentes purísimas de la argentinidad la raigambre de sus decretos y sus actos.” A continuación, el obispo profundizaba la

¹⁴ Diego Mauro, “Imágenes especulares...”, op. cit., p. 104.

¹⁵ En otro trabajo hemos analizado la reproducción del imaginario gauchesco, particularmente en la década del treinta, ver Matías Casas, “Representaciones y publicaciones sobre el gaucho argentino en la década del treinta. Entre la identidad nacional, el campo literario y las estrategias comerciales”, en *Revista Historia y Memoria*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, en prensa.

¹⁶ Entrevista realizada al Sacerdote José Guido Pesce. C.A.B.A. 25 de febrero de 2013.

La tradición de *El Pueblo...*

comunión entre Iglesia y la nación: “¡Qué bien estáis aquí ante el altar y la bandera! [...] Amad estas cosas santas, estas cosas buenas. Algún ingrato a la Patria se os acercará y os dirá una palabra insolente y se reirá de vosotros. Tened compasión de él. Es un traidor. La Patria es una madre y aquellos que no la aman son ingratos, cobardes o malvados.”¹⁷

El amor a la patria que anunciaba Serafini se ligaría a la figura del gaucho y al escenario rural que eran presentados como auténtico reservorio moral de la nacionalidad. El obispo se convirtió en una de las figuras exponenciales más relevantes en la reconstrucción de un “gaucho católico”, a partir de las peregrinaciones a caballo que se consolidaron desde 1945 gracias a su impulso y organización.¹⁸ Durante el mandato de Fresco, otro acontecimiento ya había anticipado la conexión entre Serafini y los gauchos. En 1938, con motivo de la inauguración del primer museo gauchesco de Sudamérica, en San Antonio de Areco, un grupo de dirigentes conservadores bonaerenses, entre los que se destacaban el ministro de Obras Públicas, José María Bustillo y el intendente de ese municipio, José Antonio Güiraldes, llevaron adelante una serie de festejos que incluyó una misa de campaña y la bendición de la obra, a cargo de Anunciado Serafini.

Los actores políticos que se presentaron en octubre de 1938 se dieron cita al año siguiente para celebrar la primera Fiesta de la Tradición. En efecto, a mediados de 1939 se había sancionado la ley 4.756 que instituyó ese festejo en la provincia de Buenos Aires. A partir de ese respaldo oficial, la figura del gaucho encontraba una efeméride que garantizaba su celebración, al menos una vez al año. Cada 10 de noviembre, fecha asignada en homenaje al natalicio de José Hernández, autor del *Martín Fierro*, se programaron fiestas criollas que vivificaban la tradición nacional a través de números artísticos, comidas, actividades ecuestres y otras manifestaciones.

Desde la Iglesia católica se recuperó la atención sobre el gaucho como referencia de ese pasado celebrado. Entre diversas intervenciones que se podrían reseñar –como el accionar de los “curas gauchos” o las adaptaciones criollas de los evangelios- este

¹⁷ Anunciado Serafini, *Así habló un obispo*, Buenos Aires, Ministerio de Gobierno, 1936, p. 9.

¹⁸ En otro artículo hemos estudiado el origen y la consolidación de las peregrinaciones gauchas a la Virgen de Luján que tuvieron como principal impulsor al obispo Anunciado Serafini, ver, Matías Casas “Gauchos y católicos. El origen de las peregrinaciones gauchas a la basílica de Luján, Buenos Aires, 1945” en *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 25, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2013, pp. 257-275.

MATÍAS EMILIANO CASAS

trabajo se concentra en las lecturas que se realizaron desde el diario católico *El Pueblo*. ¿Qué trascendencia le otorgaban a los tópicos gauchescos? ¿Cómo se veían reflejadas las Fiestas de la Tradición en las páginas del periódico? ¿Qué críticas se esbozaron? ¿Quiénes estuvieron a cargo de las editoriales sobre la tradición? ¿Cuál era la relación trazada entre el gaucho y la Iglesia? Son algunos de los interrogantes que se intentarán desvelar con este artículo.

II. La tradición nacional desde la perspectiva católica. Un recorrido por las proclamaciones del diario *El Pueblo*

Los estudios sobre las publicaciones católicas han recobrado impulso en los últimos años. Abordar la prensa religiosa posibilita una puerta de acceso para reconocer sus perspectivas sobre cuestiones políticas, sociales y culturales. Como se referenció anteriormente, los trabajos sobre la revista *Criterio* se encontraron a la vanguardia de estos estudios. Esas investigaciones allanaron caminos para otras pesquisas que se concentraron en la fundación, consolidación, circulación y ocaso del “diario católico nacional”: *El Pueblo*. El libro de Miranda Lida, *La rotativa de Dios*, condensa la historia de ese periódico, por lo que constituye una referencia de base para este artículo. Al mismo tiempo, las investigaciones de Lida fomentaron otros abordajes sobre publicaciones católicas posteriores, como la revista *Esquiú*.¹⁹

La pretensión de analizar la circulación de las temáticas sobre la tradición y el gaucho en las páginas del periódico *El Pueblo* se justifica desde dos argumentos centrales: en primer lugar, el diario era reconocido en el ambiente católico – y también por fuera de él- como el principal órgano periodístico vinculado a la doctrina social de la Iglesia y sus principios. En segundo lugar, para el período aquí estudiado, *El Pueblo* ya había transitado un proceso de modernización que había conllevado la adaptación de su formato al consumo de masas y la incorporación de temáticas variadas. En efecto, al momento de su fundación, en 1900, el autodenominado “diario católico y nacional” sólo se vendía por suscripción y utilizaba la fidelidad de los feligreses para officar como periodistas en los primeros años de su circulación. Sin embargo, hacia la década del

¹⁹ Sobre la revista *Esquiú*, ver, Mariano Fabris, “De *El Pueblo* a *Esquiú*. Modernización y regresión conservadora frente a la crisis de la prensa católica”, en *Itinerantes, revista de Historia y Religión*, vol. 3, 2013, pp. 153- 170.

La tradición de *El Pueblo*...

treinta ya había experimentado una paulatina profesionalización que le permitió posicionarse como el “colega mayor” de la prensa católica.²⁰

El relevamiento que se realizó sobre las páginas del periódico estuvo focalizado en revisar el tratamiento que se le otorgó a fechas clave para evocar el imaginario gauchesco, como el Día de la Tradición, y también concentrar la atención al análisis que se realizaba sobre diversos productos culturales que desarrollaban esos tópicos en su contenido. Las crónicas que editó *El Pueblo* permiten reconocer una cierta actitud inquisidora para abordar las cuestiones ligadas a la tradición nacional. En varias oportunidades sus periodistas se ocuparon de remarcar la presencia –o no- de los elementos católicos en las celebraciones de la “tradición”. Esa misma función de reservorio moral se exacerbaba cuando –en su pretensión de ampliar el público lector y las temáticas publicadas- realizaba un exhaustivo análisis sobre los *films* a estrenar, entre ellos, las películas gauchescas. Como se señala en el anexo 1, que da cuenta de la cantidad de artículos consultados sobre el gaucho y la tradición discriminados por año, esos tópicos mostraron una presencia sostenida en las páginas del periódico. Si bien no constituían una preocupación central para *El Pueblo* –como se puede advertir por las referencias cuantitativas-, esas publicaciones plasmaban la perspectiva desde la cual el diario católico abordó la cuestión de la tradición. Ese análisis se tornaba más evidente en los años que se presentaban películas de temas gauchescos, como en 1942, lo que incrementaba las crónicas y los comentarios sobre esos temas.

Además de las referencias a la tradición y a los productos culturales, el periódico presentó otra ventana para visualizar la presencia de lo gauchesco entre sus páginas. Hasta 1942, editó en continuado las historias de Zoilo, un gaucho que realizaba sus apreciaciones sobre variados tópicos de actualidad o narraba anécdotas de su pasado pueblerino. Su inserción en el periódico se enmarcaba en la dicotomía campo-ciudad. De hecho, durante el primer año, el texto iba acompañado por un logotipo representativo que remitía a esa “oposición”. En la imagen, se complementaba el título “Don Zoilo en la ciudad” con dos ilustraciones en los extremos. En la primera se advertía un rancho en la soledad de la pampa, en alusión al tiempo pretérito del narrador, y en el otro margen se divisaban edificios contiguos en notorio contraste.²¹ Si bien se puede inferir por las memorias del personaje que se corresponde a uno de los numerosos migrantes internos

²⁰ Ver Miranda Lida, *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo, 1900-1960*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 95-110.

²¹ *El Pueblo*, 23 de noviembre de 1939, p. 11.

MATÍAS EMILIANO CASAS

que abandonó el ámbito rural para instalarse en la urbe, su historia constituye una incógnita en tanto las páginas de *El Pueblo* no presentaban ninguna referencia ni a la biografía ni a la fisonomía de Zoilo.²² El eje estructurante de sus intervenciones se basaba en la crítica de las costumbres citadinas en favor de los hábitos camperos que evocaba con su recuerdo. Sin embargo, desde 1940 su presentación mutó hacia un perfil más sobrio reproduciendo el mismo tipo de letra y el formato de titulación del resto de las crónicas del periódico. El creador del personaje era el profesor Luis Ramón Macías, director de la Escuela Nacional de Comercio N° 12 de la Capital Federal. En las ediciones de *El Pueblo* se mantuvo en anonimato el autor, dado que cada artículo era firmado por “Zoilo Contreras”, empero en una compilación publicada en 1945 se reveló el nombre de Macías.²³ El profesor prosiguió su afición hacia la literatura costumbrista más allá de su personaje, en años posteriores trabajó en una adaptación infantil del poema *Martín Fierro* que se publicó para que circulara en las escuelas.²⁴

En esos relatos publicados por *El Pueblo* se filtraba una “genuina” ligazón entre las palabras del gaucho y las exaltaciones religiosas. En una de esas historias, Zoilo describía la visita del Arzobispo de La Plata, Monseñor Juan Chimento, a la capital. En la trama de la breve narración interactuaban dos elementos que se le otorgaban al gaucho en orden a su “filiación” católica. En primer lugar, el gaucho se mostraba rendido de admiración al contemplar la llegada del prelado: “La gente prencipió a gritar y a aplaudir, y entonces bajó e´ un auto Monseñor Chimento. Palabra, que se me cáiba la bava viéndolo ansi tan humilde, tan sensiyo, tan crioyo, tan hijo ´el país!”. Luego de emocionarse por la presencia del Arzobispo explicaba su modo de rendirle pleitesía: “No me animé a besarle el aniyo. Tengo enraizao en mi manera ´e ser ese respeto por los que ripresentan a Dios en esta tierra, que a veces suelo ser muy esajerao en los rendibuses y otras muy retraído, canejo!”²⁵ Así, el gaucho oficiaba respeto y reconocimiento por los representantes de la Iglesia, pero al mismo tiempo se reservaba

²² En cuanto al proceso de migraciones internas en la provincia de Buenos Aires, las estadísticas recogidas por el censo de 1947 presentan un salto cuantitativo con un 27,6% de habitantes bonaerenses nacidos en otras provincias. Si bien no se precisa el lugar de nacimiento de Zoilo, sí se remite a su pasado campero lo que se contextualiza con un proceso complementario de las migraciones interprovinciales: el desdoblamiento del campo y la explosión urbana. Las cifras correspondientes a los censos, en, http://www.ec.gba.gov.ar/estadistica/censo/Nota%205_Las%20migraciones%20internas%20en%20la%20Provincia%20de%20Buenos%20Aires.pdf

²³ Ver, Luis Macías, *Charlas de Zoilo Contreras*, Buenos Aires, Sociedad Editora Internacional, Buenos Aires, 1945.

²⁴ Ver, Luis Ramón Macías, *Martín Fierro: síntesis del poema de José Hernández*, Buenos Aires, San Jorge, 1957.

²⁵ *El Pueblo*, 23 de noviembre de 1939, p. 11.

La tradición de *El Pueblo*...

prácticas particulares que en ocasiones rompían con el protocolo ceremonial. Esas salvedades resultarían una constante en el discurso católico para justificar determinadas conductas o actitudes de los gauchos en relación a lo religioso.

El personaje Don Zoilo a menudo retomaba, también, algunas notas de actualidad para destacar, siempre en su lenguaje gauchesco, las trayectorias u homenajear a diversos sacerdotes. Así, a una semana del fallecimiento del primer salesiano argentino, el Padre Esteban Pagliere, el “gaucho” dedicó tres párrafos de su columna a exaltar sus obras. En esas referencias se ponía de relieve una de las preocupaciones recurrentes de Zoilo que estaba vinculada a los “peligros” de crecer y vivir en la ciudad. Desde esa perspectiva se destacaba la labor del sacerdote con los pequeños: “¡Cuantos millares y millares de madres deben al Padre Esteban Eusebio Pagliere la salvación de sus hijos! ¡Cuántas madrecitas pusieron en sus cachorros en sus manos pa librarlos de los peligros de la calle y él se los devolvió güenitos como ellos los habían soñao!”. Para concluir, el gaucho realizaba una plegaria invocando a Dios: “que Dios nos siga dando muchos santos defensores de la inocencia é los niños pa que poquito a poco mi Patria sea grande por tener a todos su gurises sanos de cuerpo y sanos de alma. ¡Que Dios me oiga!”²⁶

El diario *El Pueblo* recuperó las temáticas referidas a la tradición, no sólo a partir de las historias del gaucho Zoilo. En otro registro discursivo, publicó varios artículos que explicitaban la postura del periódico en orden a la semántica del concepto y la pertinencia de celebrarlo estableciendo una efeméride en el calendario.

En los días próximos a la primera Fiesta de la Tradición, Luis Barrantes Molina escribió una columna referida a las celebraciones en San Antonio de Areco, lugar designado para esa celebración. El autor, miembro de la Acción Católica Argentina y columnista principal del diario, adhería a la política de la provincia de Buenos Aires: “El estímulo legislativo para que nuestras poblaciones cultiven el recuerdo del pasado es digno de todo aplauso.”²⁷ Barrantes animaba a concretar la proyección nacional de la fiesta y promovía el respeto a la tradiciones, “especialmente las que tienen un carácter religioso”. El escritor católico argumentaba la pertinencia de celebrar las tradiciones de

²⁶ *El Pueblo*, 13 de noviembre de 1941.

²⁷ *El Pueblo*, 26 de noviembre de 1939. Luis Barrantes Molina había desarrollado una prolífera intervención, en sus crónicas periodísticas, a favor del nacionalismo y el fascismo italiano durante la década del treinta. El columnista de *El Pueblo* también había colaborado con las páginas de *Criterio* la década anterior. Ver, Federico Finchelstein, *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

MATÍAS EMILIANO CASAS

los antepasados en tanto esa práctica contribuiría al desarrollo espiritual de la población. En efecto, anunciaba: “En la tradición y en los sentimientos religiosos adquiridos en el hogar está la parte espiritual de cada familia”. En su relato –además de la estrecha relación entre tradición y religión- cobraba centralidad la conformación del hogar y la vida familiar, tanto que afirmaba: “sin hogar no hay patria.”

Las últimas consideraciones de Barrantes para referirse a la celebración de la tradición introducían una tensión latente que se sostuvo a lo largo de todo el período en las páginas del periódico. Sin atender la cuestión de un modo explícito, *El Pueblo* entraba en la contradicción de jerarquizar los valores de la familia y el hogar como pilares de las tradiciones nacionales y al mismo tiempo tener que atender la figura del gaucho que, por su derrotero nómada y andariego en las llanuras de la pampa, se desligaba de la vida sedentaria.

En los años contemporáneos a la publicación de Barrantes, Nicanor Magnanini, en el prólogo de su novela gauchesca, intentó esbozar una descripción objetiva de los gauchos a partir de sus estadías al sur de la provincia de Buenos Aires durante su infancia. En esa introducción aseguraba: “sin ideas ni aún confusas de la constitución de la familia [...] el gaucho vivía solo [...] raro era hallar verdaderos afectos.” El autor explicaba que ante el abandono de la mujer, el gaucho no tenía grandes trances para buscarse otra y continuar su vida. Según su descripción, ni siquiera los hijos eran considerados por los gauchos: “No tenían importancia los hijos. Si eran pequeños la mujer se los llevaba; si grandes los abandonaba.”²⁸

La posición de Magnanini no constituía una postura hegemónica para representar la vida familiar del gaucho en este período. De hecho, otras publicaciones lo identificaban a los “valores naturales” del hogar y la familia y caracterizaban como sólidos y estrechos sus vínculos familiares.²⁹ Sin embargo, las voces que los desligaban de esas responsabilidades también se reproducían. En el libro *Antología gaucha*, se reforzaba esa ruptura: “[el gaucho] no se aquerenciaba jamás [...] sus pausas amorosas tenían siempre por refugio más de un rancho, lo menester para eludir toda idea hogareña, cualquier afincamiento y la más mínima noción de las responsabilidades inherentes a la

²⁸ Nicanor Magnanini, *El gaucho “surero” de la provincia de Buenos Aires. Un relato de época*, Buenos Aires, La Facultad, 1943, pp. 36-37.

²⁹ Ver, entre otros, Pedro Inchauspe, *Voces y costumbres del campo argentino*, Buenos Aires, Editorial Colmegna, 1949; Herminia Brumana, *Nuestro hombre*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1939.

La tradición de *El Pueblo*...

paternidad.”³⁰ No es complejo advertir que ese “gaucho” resultaba poco funcional al mensaje católico de la familia como núcleo de la sociedad y el hogar como centro del desarrollo espiritual. *El Pueblo* pareció adoptar dos caminos para subsanar esa contradicción: por un lado, las crónicas sobre las fiestas de la tradición se focalizaron, en general, más en el tratamiento del concepto desde una perspectiva abstracta, es decir, sin ligarlo a un arquetipo representativo pero sí estrechándolo a los valores cristianos; y por otro lado, se recurrió a la voz de Zoilo para reconstruir un gaucho a su justa medida, exaltante del hogar, la familia y la Iglesia para conservar la “tradición cristiana”.³¹

Otro de los canales por el cual circuló la posición del diario católico en relación a la tradición nacional se correspondió a la adopción de una postura inquisidora sobre la presencia de los elementos católicos en las evocaciones tradicionalistas. En 1940, una editorial del periódico sobre los festejos del Día de la Tradición reclamaba sobre la ausencia de las prácticas católicas en las celebraciones de San Antonio de Areco: “Esa evocación es digna de todo aplauso pero lamentamos no encontrar en la crónica de los festejos los actos religiosos que en esa ocasión no debieron faltar.” Los redactores de *El Pueblo* omitían que en 1939, cuando los festejos centrales fueron organizados en ese municipio del norte de la provincia, se había realizado una misa de campaña para inaugurar el evento y que al año siguiente la Fiesta de la Tradición se focalizó en la ciudad de La Plata, donde concurrieron delegaciones de distintos puntos de la provincia, incluso de Areco. Empero, los argumentos esgrimidos en la editorial posibilitan comprender las exigencias de los católicos. Según los voceros del diario la característica central de la tradición –y por lo tanto el foco de toda evocación- eran las ideas y los sentimientos religiosos. Desde su perspectiva, esos sentimientos “unían” a las generaciones y “engendraban” el amor a la patria.³²

Los reclamos continuaron hasta 1942, cuando ya visualizando la ciudad de La Plata, Luis Barrantes Molina –siempre legitimando las evocaciones gauchescas, las danzas y prácticas deportivas- solicitaba mayor presencia de los actos religiosos. Barrantes reparaba en el patriotismo de los católicos y lo definía: “el principal motivo de nuestro patriotismo es el precepto religioso que manda a amar a nuestros padres y a nuestros antepasados, a los que nos trajeron de Europa la fe cristiana que nos sacó del paganismo

³⁰ E.M.S. Danero, *Antología gaucha*, Santa Fe, Castellví, 1953, p. 11.

³¹ *El Pueblo*, 27 de noviembre de 1941; *El Pueblo*, 5 de noviembre de 1942.

³² *El Pueblo*, 16 de noviembre de 1940.

MATÍAS EMILIANO CASAS

y nos vinculó a la Iglesia, abriéndonos las puertas del cielo.”³³ Allí se ubicaba la pertinencia de evocar los antepasados, claro que siempre identificados en la “raza” hispánica y su legado religioso. En adelante, las crónicas del diario sobre los festejos de la tradición estuvieron centralizadas en acompañar y reivindicar esas prácticas evocativas, siempre destacando cuando se realizaban oficios religiosos, generalmente, misas de campaña.³⁴ La trayectoria de Barrantes como columnista principal del diario comenzaría su ocaso a partir de la emergencia del peronismo. El periodista fue uno de los exponentes del sector católico que se resistió a celebrar las políticas sociales implementadas por Perón en los primeros años de su gobierno.³⁵

El último de los segmentos que permitió leer breves consideraciones hacia las costumbres gauchescas fue la sección que se encargaba –también desde una función inquisidora y moralizadora- de analizar la calidad de los estrenos cinematográficos. El 20 de noviembre de 1942, se estrenó en el cine *Ambassador*, la película “La guerra gaucha”, basada en la novela homónima de Leopoldo Lugones.³⁶ El *film* de Artistas Argentinos Asociados, dirigido por Lucas Demare, había suscitado gran interés en la prensa de la época y su estreno obtuvo una repercusión favorable en los diferentes periódicos.³⁷ Diecinueve semanas consecutivas de exhibición, más de 170 mil espectadores, los numerosos premios que se le otorgaron, la posterior edición como fotonovela y la continua referencia cuando se reseñaban las producciones nacionales, daban cuenta del alto nivel de recepción que tuvo la película.³⁸ *El Pueblo* no sería la excepción en la cobertura de los momentos previos y del estreno. Desde diez días antes, ya publicaba imágenes de la película anticipando su aparición y presentando a algunos de los actores, como Ángel Magaña y Enrique Muiño.³⁹ También destacó la participación del director focalizando en que, un año antes, había sido el director de la película “El cura gaucha” inspirada en la vida del sacerdote José Gabriel Brochero.

A dos días de su estreno, el periódico católico titulaba como “una elevada expresión de buen cine” la presentación de “La guerra gaucha”. En el comentario se anticipaba la

³³ *El Pueblo*, 12 de noviembre de 1942.

³⁴ *El Pueblo*, 10 de noviembre de 1953.

³⁵ Ver, Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica, Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999, p. 73.

³⁶ Leopoldo Lugones, *La guerra gaucha*, 2 ed., Buenos Aires, Gleizer, 1926.

³⁷ Ver, por ejemplo, *Crítica*, 22 de noviembre de 1942; *El Mundo*, 22 de noviembre de 1942.

³⁸ María Silva Serra, *Cine, escuela y discurso pedagógico: articulaciones, inclusiones y objeciones en el siglo XX en Argentina*, Buenos Aires, Teseo, 2011, pp. 161-162.

³⁹ *El Pueblo*, 14 de noviembre de 1942, p. 7.

La tradición de *El Pueblo*...

calificación moral de “aceptable” que recibió el *film* y se destacó la cuidadosa representación de ambientes y tipos característicos del norte.⁴⁰ La trama de la película, ambientada en 1817, narraba las acciones de los gauchos comandados por Martín Güemes en la lucha contra los realistas por la defensa del territorio norteno.⁴¹ El relato hacía hincapié en la oposición entre “gauchaje” y “godos” para destacar la gesta heroica de los defensores de la frontera norte. El ejército español era presentado con altos rasgos de crueldad mientras que la representación que primó sobre los gauchos se correspondía con su “sencillez” y su genuino “amor a la patria”.⁴² La innovación de la película, en relación a los melodramas patrióticos anteriores, radicaba en el desplazamiento del protagonismo individual al “héroe” colectivo de los gauchos.⁴³

La crónica de *El Pueblo* rememoró la participación de las montoneras gauchas en “la epopeya histórica que sostuvieron en pos de nuestra libertad” y sostuvo palabras elogiosas para la dinámica de la trama. La única salvedad que se realizaba en el comentario involucró uno de los tópicos que se discutieron para reconstruir la representación del gaucho católico. En la descripción se advierte sobre “leves toques de superstición” que si bien no ameritaban reconsiderar la clasificación, sí requerían alertar sobre su presencia. En las supersticiones de los gauchos –en tanto opuestas a las prácticas católicas- se encontraba otro de los caracteres que tendrían que reformular quienes pretendían ligar su figura a los dogmas de la Iglesia.

III. A modo de conclusión

El diario *El Pueblo* acompañó con sus editoriales la operación de identificar como indefectiblemente cristiana la tradición que se evocaba cada 10 de noviembre. Las crónicas repasadas evidencian el interés por involucrar a la Iglesia católica en los programas de esos festejos. Las editoriales, en particular las redactadas por Luis Barrantes Molina, reconocían en esas evocaciones tradicionalistas un nuevo canal por el cual difundir el supuesto carácter católico del pasado nacional. El gaucho Zoilo se

⁴⁰ Las calificaciones que *El Pueblo* colocaba a las películas y a las obras de teatro iban desde: “Buenas” (“obras que pueden librarse a toda clase de público”) hasta “Malas” (“Absolutamente vedadas al público católico). El “aceptable” que recibió “La guerra gaucha” se describía como “Inobjetable para personas mayores de edad”. *El Pueblo*, 21 de noviembre de 1942.

⁴¹ Un análisis de la ambientación de la película aparece en Ana Laura Lusnich, *El drama social folclórico. El universo rural en el cine argentino*, Buenos Aires, Biblios, 2007.

⁴² Ver, María Dolores Pérez Murillo y David Fernández, coord., *La memoria filmada: América Latina a través de su cine*, Madrid, IEPALA, 2002, pp. 39-44.

⁴³ Ver, Ana Laura Lusnich, *El drama...*, op. cit., p. 173.

MATÍAS EMILIANO CASAS

constituía –a partir de sus relatos- en un vocero directo de la línea ideológica del diario y afirmaba: “La tradición argentina es cristiana, bien cristiana, canejo!”⁴⁴ Sin embargo, la compleja pretensión de definir la religión del gaucho no se resolvía con las proclamas de Don Zoilo ni con las editoriales del periódico. La atención de la prensa católica sobre esas cuestiones constituyó sólo uno de los canales desde los cuales se intentó cristalizar la identificación de la tradición nacional con la Iglesia.

Si bien esa operación no constituía una tarea sencilla, los católicos reseñados concentraron su atención en lo criollo por dos factores centrales: por un lado, la restitución simbólica que concretaron los conservadores bonaerenses confirmaba al gaucho como arquetipo de la tradición nacional. Esa “garantía” fomentó su transformación en devoto católico dado que su figura conllevaba un sentido amplio que involucraría al pueblo argentino en general. Por otro lado, involucrarse en las temáticas criollas significó para las editoriales del diario *El Pueblo*, la posibilidad de confirmar la filiación “patriótica” de la religión católica. Es decir, las crónicas sobre la tradición estuvieron atravesadas por reafirmaciones nacionalistas que pretendieron cristalizar una suerte de simbiosis entre ambos componentes. La reafirmación de los tradicionalistas se encontraría inconclusa sin las interpelaciones religiosas. Así, se pretendía consolidar los cimientos de una Argentina “gaucha” y “católica”.

Anexo 1

Año	Cantidad de artículos consultados sobre temáticas gauchescas
1939	8
1940	7
1941	5
1942	11
1943	5
1944	5
1945	11

Base de datos propia

⁴⁴ *El Pueblo*, 5 de noviembre de 1942.